

CINE

"Las verdes praderas"

La nostalgia como única aliada es mala compañera. Sobre todo cuando esa nostalgia se limita al puro ombligo: echar de menos los horribles programas de la radio franquista, como se hacía en "Solos en la madrugada", o reivindicar ahora el alienante juego del parchís o de la oca como forma de superar la alienación de la sociedad de consumo, son nostalgias extrañas, reaccionarias y poco convincentes. José Luis Garcí se ha metido en un callejón masturbatorio; desde "Asignatura pendiente", su primera película, ha ido decayendo incluso en su vanidad. Esta tercera película, "Las verdes praderas", es la negación de su egocentrismo. Porque carece de base cuanto expone. Que un pobre hombre no pueda descansar feliz en el chalet que ha comprado con apuros por culpa de la estupidez de los demás, no da pie a ninguna crítica social (como se pretende), ni a una consideración general de la sociedad de consumo (como se hace), ni a una valoración de la frustración de los hombres de cuarenta años (como se expone en largos parlamentos). Esas intenciones deben venir desarrolladas con un rigor mayor. No se soluciona un película porque el protagonista la explique al final. Y eso lo sabe tan bien José Luis Garcí, que sorprende su torpeza en esta obra, "Las verdes praderas", "lo más aburrido que conozco desde el juego del parchís", parafraseando a Dashiell Hammett, que también odiaba esos juegos como se odia todo lo que signifique una vuelta atrás por miedo a seguir adelante. Ciertamente que nuestra sociedad es un desastre; pero no creo que en el hambre de los años cuarenta, en el frío de los braseros, en la masificación del juego de las chapas, en la "cabalgatas fin de semana", hubiera algo mejor. Porque no se puede coger los recuerdos y parcelarlos, porque no se puede hacer la crónica de una generación olvidando las características princi-

pales de esa generación. Y la de los años cuarenta —que es la de Garcí y de la que nos habla en todas sus películas— no va a pasar a la Historia de España por su excelente radio o la magnífica imaginación de los niños aburridos y tristes. Va a pasar a la Historia por muchas otras cosas más siniestras y terroríficas. No se las puede olvidar. Por eso parece curioso que Garcí haya girado ciento ochenta grados desde "Asignatura pendiente", donde esa generación se exponía en alguna frustración congénita frente a otras posteriores más libres. "Las verdes praderas", en cambio, confunde la nostalgia por la juventud particular de cada cual con la época en que ésta se desarrollaba. Como igualmente ocurría en "Solos en la madrugada". Como también les ocurre a tantos ex combatientes que quieren volver a su guerra porque entonces eran jóvenes y potentes. El camino es pelagoso. ■ DIEGO GALAN.

"El árbol de los zuecos"

Se decía que esta película de Ermanno Olmi era el "Novecento" de la Democracia Cristiana italiana. Que era como un intento de responder a la visión política y comprometida de Bertolucci de la vida campesina de principios de siglo con una vuelta a la romántica consideración de la paz del campo, de la solidaridad, de la inocencia. Sin duda, Olmi pudo sentirse estimulado por

"Novecento", pero su película no es comparable al genial trabajo de Bertolucci: no existe una relación dialéctica entre las partes de la película ni conduce el trabajo general de la misma a otra cosa que a un mosaico acumulativo de datos parciales sobre la vida campesina, salpicados, eso sí, con alguna intención de crítica social, pero de la misma envergadura que las descripciones de puestas de sol.

Todo esto, sin embargo, no elimina "El árbol de los zuecos". Hay indudablemente en la película, al margen de la cuidada belleza de una planificación y puesta en escena que convierten a Olmi en un bordador (como le llama Alfonso Sánchez), un interés antropológico. En esas costumbres campesinas, en el esbozo de unos personajes que rara vez toman cuerpo sólido, pueden entenderse diversas intenciones que Ermanno Olmi no concreta de forma particular, precisamente para dejar su película abierta a la consideración política, folklórica, melodramática o simplemente "artística". Quiere decirse que estamos ante un perfecto acabado filmico sin mayor intención que la que el espectador quiera ver. Su forzada despolitización le hace fácil carnaza de la invención de cada cual. Pero si eso puede resultar aburrido o fácil, no es menos cierto que hay también una forma de rigor.

La película obtuvo la Palma de Oro en el último Festival de Cannes ante la indiferencia de algunos, la sorpresa de otros y el entusiasmo de pocos. No obstante, no era ese premio uno de esos

que convierten a Cannes en un escándalo. Podía premiarse, efectivamente, pero también se la podía haber marginado. Algo de eso es "El árbol de los zuecos". A muchos gustará y otros pueden prescindir de verla. ■ D. G.

DISCOS

Ibio y el rock de Cantabria

En un rincón del local de Santander donde actúan Ibio, alguien ha garrupateado una anezadora consigna: "Si para conseguir la autonomía hay que matar, lo haremos". El furor nacionalista también ha hecho su aparición en Cantabria y no faltan anónimas voces airadas que se sienten inspiradas por los métodos etarras. Pero tales pintadas sólo son manifestaciones extremistas del intenso y renovado interés por la problemática sociocultural de una región que algunos insisten en considerar como un bello y decorativo balcón de Castilla al Cantábrico. Un interés que se manifiesta en facetas tales como la recuperación y difusión de la música popular montañesa.

Ibio están entre los adelantados de este movimiento de búsqueda de las propias raíces. Nacidos como grupo en 1976, tras un reajuste en la formación de Bloque, integrado por músicos a los que respetuosamente habría que denominar como veteranos del rock local, Ibio se decantaron rápidamente hacia un tratamiento electrónico de temas del folklore cántabro, que iban desde el "Romance del conde Lara" hasta la ancestral "Baila de Ibio", milenaria danza guerrera que adquiere una febril grandiosidad en su adaptación. Con el apoyo de la ADIC (Asociación para la Defensa de los Intereses de Cantabria), Ibio han descargado su música dentro de una amplia campaña de reivindicaciones culturales que ahora han sido asumidas mayoritariamente.

Lástima que "Cuevas de Altamira" (Movieplay-Gong 17.1341/6), primer álbum de Ibio, no sea más que un débil eco

"El árbol de los zuecos", de Ermanno Olmi.

